

### MEMORIAS DE JUAN CALASANCIO (3ª parte).

El inicio de un nuevo curso parecía como una vuelta a la realidad. El interminable verano -¡qué largo resulta el verano para la mente de un niño!- llegaba a su fin y esas tardes cada vez más cortas, esos crepúsculos rojizos allá por las colinas del Aljarafe, inundaban la tarde de una cierta nostalgia que iba en aumento a medida que avanzaba el mes de septiembre.

La vuelta a clase daba la sensación de la renovación de un ciclo vital, de un volver a empezar, de un rito litúrgico que cada año volvía a cumplirse como si de un hecho natural se tratase. El reencuentro con los amigos, la presencia de compañeros nuevos, la marcha de algunos a otros colegios o a otra ciudad, la incorporación de nuevos profesores, el estudio de nuevas asignaturas, el olor de los nuevos libros de texto,... todo ello hacía tener, aún más, la sensación de que, cada curso, algo se acababa y algo comenzaba. Era un momento propicio para tomar conciencia del paso del tiempo. Por primera vez, Juan Calasancio tuvo consciencia de ese salto de la eternidad del niño a la temporalidad del adolescente.

Al finalizar el curso anterior fue preciso pasar la reválida y con ello se cerraba un ciclo, oficialmente denominado Bachillerato Elemental. Su superación conllevaba la obtención de un título, ya no lleno de colorines, guirnaldas verdes o granates a modo de cenefas, con fotografías de los patios del colegio ocupando alguna esquina del espacio de los diplomas infantiles, sino con un diseño más serio y formal, con letras góticas de color negro, un austero dibujo del patio de la universidad de Villasís en la que se divisaba la efigie de Maese Rodrigo de Santaella y firmado, nada más ni nada menos que por el secretario, del secretario del subsecretario del mismísimo ministro de educación y ciencia, en su despacho del mismísimo *Madrís*.

Ese título permitía el acceso a carreras cortas como magisterio, cuando el maestro no tenía el rimbombante nombre de profesor de EGB, enfermería, cuando los practicantes pasaron a ser denominados ATS, o peritajes, cuando aún era posible distinguir el arquitecto del aparejador y el ingeniero del perito. Por eso, cuando Juan Calasancio pasó a quinto de bachiller pensaba que había llegado a ser una parte importante del colegio. Un puntal de los grandes en la escala de importancia de los alumnos escolapios. Ya no se sentía un niño y miraba por encima del hombro a los que todavía cursaban el bachillerato elemental y con una cierta distancia y paternal benevolencia a los que estaban en primaria, todavía uniformados con el reglamentario babi de rayas. Por su cara comenzaron a crecer unas pelusillas oscuras que presagiaban la ilusión de un afeitado diario y la voz se iba enronqueciendo, sin capacidad para ser

controlada, emitiendo entre incompletos tonos graves algún que otro agudo y vergonzante gallo.

Con el quinto curso se abandonó el patio de Matahacas para pasar a las aulas del patio de la Virgen. A modo de un Hamletiano ser o no ser, había que decidir qué camino tomar: ciencias o letras. Quizás fuese demasiado pronto, pero ya había que decidirse sobre la orientación, probablemente irremediable, que habrían de seguir nuestros estudios y nuestra vida profesional futura. Juan Calasancio, como casi todos sus compañeros de curso, tomó la senda de las ciencias. En aquellos tiempos del franquismo y el nacional-sindicalismo, optar por las letras era arrojarse al vacío; elegir el camino del Derecho era cosa de locos como Paco Gómez Recolta, el “Igi”, Manolo Soto o Evaristo Lería McKay. Estos majaras, ya sabían a lo que se exponían: a ser licenciados en Derecho que acabarían en una gestoría o de administrativos en alguna oficina de seguros. El futuro les estaba negado. No existían entonces ni declaraciones de Renta, ni reclamaciones a los médicos, ni despidos improcedentes, ni violencia de género, ni “mobbing” empresarial, ni divorcios, ni malos tratos a menores. Si a un médico se le moría un paciente en la mesa de operaciones, al día siguiente se firmaba el certificado de defunción, se enterraba al difunto y aquí no había pasado nada. Si un maestro le daba dos guantazos a un niño, señal de que algo habría hecho. ¡Y pobre del que dijera algo en casa, porque su padre, además de alabar la acción del maestro, le daba otras dos para que se fuera enterando! Las cosas eran como eran y se aceptaban así. ¡Y desgraciado del que se atreviese a intentar cambiarlas!

En el colegio se vislumbraban algunos cambios. Los curas ya no eran tan fríos y distantes como el padre Bernabé, el padre Ramón Prieto, el padre Villa o el padre Torres. Junto a los queridos y entrañables padre Blas y padre Juan, había una nueva generación de curas más cercanos y abiertos, como el padre Hurtado, el padre César o el padre Espejo. La religión, cosas del Vaticano II, también resultaba más abierta: la misa del sábado por la tarde, ¡quien lo diría!, servía para el domingo; las confesiones eran voluntarias y no por clases y en fila; los cánticos en la iglesia eran con guitarras y batería; había reuniones en las que, eso sí tímidamente, se podía criticar a la cúpula eclesial y defender una iglesia más libertadora y misionera.

Era el otoño del 69 y las consecuencias del mayo francés y la primavera de Praga comenzaban a marcar el nuevo rumbo de la modernidad. Se estaban fraguando los *progres* que, como siempre ocurre, con el paso de los años, resultarían unos auténticos carcamales. Aquél curso los Beatles sacaron su *Let it be*, se escuchaba a Led Zeppelin, Bob Dylan, Joan Baez y Puente sobre aguas turbulentas. En España aparecía Mediterráneo de Serrat, cuando todavía no nos habíamos enterado de a quién coño esperaba tanto Penélope sentada en el andén; sonaban los Pekeniques y los Relámpagos, y la España rural bailaba en los guateques al son de los Brincos, Karina o las versiones en español de los éxitos de los Beatles cantados por Los Mustang. Seguían haciendo furor

los Sirex con *Si yo tuviera una escoba*. Y Franco, ¡qué mérito el suyo!, seguía manteniendo inalcanzable el récord de España de pesca de salmón.

Por aquellos años, el Madrid, como siempre de penalty injusto, ganaba ligas, la selección española había ganado la Copa de Europa en el año 64 y seguía viviendo de las rentas. Por toda la península se repetía la alineación de la selección que fue campeona: Iríbar, Rivilla, Olivella, Calleja; Zoco, Fusté; Amancio, Del Sol, Marcelino, Luis Suárez y Carlos Lapetra. El tanto de Marcelino a Yashin, de cabeza y en cuclillas para más inri, fue mucho más que un gol; se quería ver en ello una victoria del nacional-catolicismo sobre el comunismo. La gesta fue similar a las del Capitán Trueno; una proeza que se basó en la inteligencia como lo hubiesen hecho Roberto Alcázar y Pedrín. Si Europa estaba cambiando en el 68, en nuestra ciudad todo seguía aparentemente igual; estábamos tiosos, pero contentos; no preocupaban las movilizaciones sociales del 68, si no que aquél año, el auténtico mazazo fue el descenso, por primera vez en su historia, del Sevilla F.C. a segunda división. Un año más tarde, en 1969, subiría a primera de la mano de Juanito Arza. Jugaban en aquél equipo: Rodri; Isabelo, Toñáñez, Hita; Costa, Santos; Lora, Vergara, Acosta, Eloy y Berruezo.

El otro equipo de la ciudad, el Betis, mantenía su irregularidad con continuos ascensos y descensos; aún no se vislumbraba el equipo que diez años más tarde sería campeón de copa. Por el Betis, jugaban entonces: Campos; Telechía, Díaz, Cobo; López, Frigols; Macario, González, Quino, Demetrio y Rogelio. El entrenador era Ernesto Pons.

En quinto curso, la mañana estaba ocupada por asignaturas comunes. Por la tarde, los de letras se iban a otra aula a las clases de Latín y Griego, y los de ciencias daban Matemáticas, con Don José Mejías, y Química con Don Antonio Arjona, aquél profesor veloz como el coyote de las estepas, ordenador permanente de partes nobles y admirador impertérrito de las nuevas profesoras de los niños de párvulos.

Aquél curso, Don José Macías, ampliamente superado en estatura por sus alumnos, seguía impregnando nasalmente las clases de dibujo. El Francés comenzó a parecerse en algo al idioma del país galo, gracias a la ausencia de Don Fernando Armenta. La Lengua siguió atropellándose y embarullándose en las palabras del padre Juan. La moral católica ocupó las clases de Religión del padre Millán, aquél granadino regordete y tranquilón que aquél curso se mostraba triste y apesadumbrado a causa del abandono del colegio de Manolo Díaz Salazar, por el que sentía una especial debilidad y predilección.

Estamos en el curso 69-70. En la noche del 27 al 28 de febrero del 69 había ocurrido el terremoto. Juan Calasancio lo recuerda con nitidez. La cama se movió durante unos minutos. La casa se cimbrió y la lámpara osciló en el techo, como si del péndulo de un reloj se tratase, durante varios minutos. Toda Sevilla se echó a la calle. El gobernador civil, Don José Utrera Molina,

malagueño y falangista por más señas, bastante considerado por cierto a nivel popular por su labor para acoger en los refugios a todos los desahuciados de los corrales de vecinos del centro de la ciudad, salió al ruedo, cual Gonzalo Queipo de Llano en plena guerra civil, a tranquilizar a la población por los micrófonos de Radio Sevilla.

-Éste gobierno civil –dijo el señor Utrera Molina- ¡ha tomado todas las medidas oportunas para que el terremoto no vuelva a repetirse!

La ciudadanía, por fin, aunque ya nadie siguió durmiendo, pudo respirar en paz. Pero como diría el poeta... aquél que no pueda ir a la playa... que se bañe en la Barqueta. El seísmo no se repitió, pero la ciudad se siguió destruyendo, no por catástrofes naturales como el terremoto, sino por la especulación y los desmanes humanos. Los amantes de la piqueta hicieron su agosto. Durante aquél curso se consumaban las destrucciones de las plazas del Duque y de la Magdalena, se perdía para siempre gran parte del caserío tradicional del casco histórico, se cerraban los teatros Coliseo y San Fernando –del primero sólo se conservarían las fachadas y en el solar del segundo, en plena calle Tetuán, se levantaría uno de los bodrios arquitectónicos más vergonzosos de la época desarrollista- y para más inri, ¡cielos qué horror!, el alcalde de Sevilla en aquellos momentos, don José Hernández Díaz, ¡era a la vez catedrático de Historia del Arte de la universidad y presidente de la Academia de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría!

La especulación continuaría y pocos años más tarde caería nuestro querido colegio de Ponce de León, siendo ya alcalde otro adalid del progreso: el matasanos Juan Fernández Rodríguez y, por si pareciese poco, García del Busto. Fruto de su cultura y sensibilidad fue la marea negra, aquella capa de pestilente asfalto que tapó los románticos adoquines de las calles del centro histórico. Fue un adelanto de la cultura del pelotazo y nadie acudió como voluntario, entonces no había ecologistas ni ONGs, para defender a Sevilla de ese vertido de asfalto mucho peor que el del Prestige. Para completar su clarividencia, nuestro sensible alcalde, realizó imprescindibles ensanches y demoliciones en un afán de querer convertir a Sevilla en una ciudad avanzada: una *Nueva Guachintón*.

El curso siguiente, 1970-71, llegó el ansiado sexto de bachiller. Salvo los distantes alumnos de Preu, Juan Calasancio pertenecía al curso de los mayores del colegio. Aquél curso se eliminaron las tres clases, A, B y C, para unirse en un solo curso de cerca de sesenta alumnos. Parecía una maniobra para que nos fuésemos acostumbrando a la masificación de la universidad y a la pérdida de la identidad de grupo.

El aula asignada era la más grande del colegio y estaba situada al final de la oscura galería que conducía hacia el patio de Matahacas. Cómo no, al fondo a la derecha. Justamente enfrente estaba el estudio, aula aún mayor, lugar donde se cumplían los castigos y estudios vigilados, una vez concluido el

horario normal de clase, es decir de seis a ocho de la tarde o los castigos del sábado por la tarde de cuatro a siete. El estudio no era un lugar agradable. Sus grandes dimensiones dificultaban que se alcanzara el fin que se le suponía. Allí era difícil estudiar, aparte de que en él se congregaban, no precisamente la flor y nata del colegio; la distancia de la mesa del vigilante y la gran cantidad de niños a vigilar, favorecían la frecuente algarabía y la distracción; algunos se entretenían jugando a los barquitos o disparando bolas de papel mojado en saliva hasta dejarlos pegados en la pared o en el techo, utilizando a modo de cerbatana un bolígrafo BIC al que previamente se le había quitado la mina de tinta.

El sexto curso era duro. El padre Santos daba las clases de Historia del Arte. Don Antonio García de Quirós era el profesor de Historia de la Literatura Universal. Su inclinación juanramoniana y su aspecto machadiano, con gabardina o abrigo largo, sombrero de fieltro para tapar su lustrosa calva, su maleta de cuero repleta de papeles y libros para prestar a los alumnos, hacían fácil intuir una vocación literaria frustrada que se veía abocada a la docencia por necesidad económica.

El padre Millán, el prefecto, siguió con sus improvisadas clases de Religión. Don Antonio Martín Flores, hombre de principios y querido por todos, continuó indagando en el pensamiento joseantoniano y haciendo de su clase un mitin a favor del régimen establecido. El padre Espejo seguía empeñándose en que supiéramos ver cine, ¡para ello había hecho un cursillo en Valladolid!, y programaba una película semanal en el denominado cine-fórum. Por nuestra pantalla, con cortes incluidos para cambiar de rollo, ya que había una sola cámara de proyección, pasaron obras como Juguetes rotos y Del rosa al amarillo, de Manolo Summers, Qué verde era mi valle, de John Ford, Teléfono rojo, de Stanley Kubrik, El loco de pelo rojo, con Kirk Douglas haciendo de Van Gogh y Anthony Quinn encarnando a Paul Gauguin, En el calor de la noche, interpretada por Sidney Poitiers y Rod Steiger, Un hombre para la eternidad, que narraba el enfrentamiento entre Tomás Moro y Enrique VIII, Viva Zapata, de Elia Kazan, con Marlon Brando en el papel de Emiliano Zapata y Antony Quinn como segundo zapatista. En el cine-fórum hacían sus pinitos los más arrojados y capaces de hablar en público; intentaban aparentar ideas brillantes los que ya apuntaban para *progres* y los más, entre los que se encontraba Juan Calasancio, callaban.

Al igual que en quinto, por la mañana, las asignaturas eran comunes, pero por la tarde, los letrinosos, como gustaba de llamarlos Don Antonio Arjona, se iban a sus clases de Latín y Griego, y los de ciencias tenían Matemáticas con Don José Mejías y Física con Don Julio Oliver, aquél personaje enigmático y distante que hacía continua alusión al pueblo de Umbrete, y que nos aconsejaba que nunca fuésemos como aquellos maleducados que sólo le cedían el asiento a las mujeres bonitas.

Como todas las cosas en la vida, sexto terminó y con él el bachillerato superior y la temida reválida. Como diría otro niño escolapio, Luis Cernuda, Juan Calasancio y sus compañeros, poco a poco, sin darse cuenta, cayeron en el mundo. Atrás quedaban los recuerdos del colegio al que nunca más volverían. Atrás quedaron las carreras por los patios, las filas por los pasillos, el sonido de las canales que vertían sus aguas al pueblerino patio de Matahacas, el sonido de los balones de baloncesto al botar sobre las losas del regionalista patio de la Virgen, las voces de los niños jugando al fútbol en el rocambolesco patio de arena, el eco de los pelotazos en las paredes del patio de cemento, los saltos de los jugadores de balón-volea en el patio del cuartel, el caminar silencioso de los niños y los aspirantes por el patio de la sacristía camino de la iglesia, los cánticos de las misas en el oratorio de arriba, el olor del jazmín del patio del Sagrado Corazón en cuya fuente central el padre Blas daba de comer a los pececillos de colores, mientras, tocado con su boina, fumaba un caldo de gallina, sujetado con sus amarillentos dedos por mor de la nicotina.

Pronto, todo sería pasto de la piqueta. La sensibilidad y el buen gusto no son monedas corrientes. Se tomó como coartada el estado ruinoso del edificio -¡qué coño iba a caerse el colegio!-, se puso como excusa la falta de instalaciones deportivas -¡para qué coño sirve tanto deporte en la escuela y tan poca educación!-. Lo cierto fue que los curas, que de tanto hablar del cielo están más agarrados que nadie a la tierra, hicieron su agosto. Y con ellos el tío de los derribos, Pavón I El Grande, el buitre de la calle Parras, y las empresas constructoras. El ayuntamiento, se trincó lo mejor, gracias a Dios que no cayeron en seguir derribando, para sede de Emasesa. Todos salieron beneficiados, menos los niños que fueron desterrados a ese Quinto Pino, o Montequinto, o como coño se llame. Ave María Purísima... San José de Calasanz y San Pompilio bendito se lo perdonen.

Pero de tanto vivir en mí  
Tan alta vida espero  
Que seguiría criticando  
A gobernantes y al clero.

Pues no pretendo insultar  
Sino encontrar mi consuelo  
Por no seguir molestando...  
Cierren puertas y ventanas...

Las doce dan... ¡yo me acuesto!  
¡Quédese para mañana!

ISMAEL YEBRA SOTILLO  
Sevilla, 7 de Febrero de 2004.